

MAVERICK 77

EDER TALAVERA



LENGUA DE DIABLO
■ COLECCIÓN PIXEL

Maverick 77

D.R. © 2020 Eder Talavera

Foto de portada: Alemko Coksa en Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

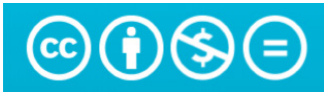
<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición junio 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

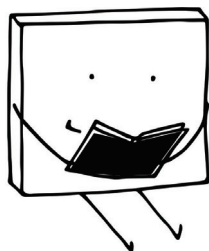
SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

MAVERICK 77

EDER TALAVERA



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

RAZONES PARA SALIR DEL CIELO

Tenía los dobladillos de la camisa perfectamente marcados. Usaba guantes de piel y un broche con el número de su matrícula. Era el oficial 646. A menudo, la imagen que veía frente al espejo le provocaba una sonrisa llena de satisfacción. No sentía lo mismo por sus botas, pero le confortaba saber que todas las mañanas brillaban como el petróleo. A escondidas, masticaba tabaco y escupía tan lejos como le venía en gana. Domingo solía ser así. Un oficial de lentes oscuros que arrugaba la nariz con fuerza cada vez que levantaba sus infracciones. Un trabajador comprometido. Un ciudadano incapaz de robar y un sujeto con una profunda obsesión por el orden y el *rock and roll*.

Todo pasó un lunes a medio día: lanzó el pitido hacia el Volkswagen 67, después de que el semáforo vaciló en el disco ámbar y el conductor se precipitó sin el afán de irrumpir en las fronteras de la ley de tránsito. Pero, de acuerdo con la perspectiva del oficial: lo hizo, y Domingo disfrutó del silbatazo con el que el vehículo encendió sus luces intermitentes. “Eso... eso, *brother*, alto ahí”. Al aproximarse, Domingo trató de seguir el ritmo de la canción que traía en la cabeza. Bailó discretamente con su sombra y silbó la melodía de la banda que más alucinaba en sus años febriles: *La Grange*. Tenía la espalda tan relajada que, incluso sin notarlo, asomó un gesto de felicidad en su rostro. Sí, sólo llamaría la atención de aquel hombre y volvería a su patrulla. Un cigarro y pondría ese álbum. Después, sólo era soltar las presiones y dejar que el sol quemara su memoria. Esa de los días de juventud en los que tocaba la guitarra, acompañado por un escenario lleno de humo y cerveza. Aún coleccionaba las postales en blanco y negro de aquellos veranos, y una de ellas

vino a su imaginación, justo frente a las placas del vehículo del delito, en el momento exacto en que registró un movimiento inusual en el conductor. Fue el mismo instante en el que Domingo sujetó su libreta y alcanzó a ver el último mensaje de su esposa: “Te dejé un regalo en el clóset”. Así fue la despedida que leyeron sus ojos, porque el revólver salió de la ventana del Volkswagen, el chasquido aceleró los últimos segundos y para cuando percibió el golpe seco, lo único que alcanzó a pensar fue un “Putra madre”, que le salió del alma.

Cuando apenas los 19 años rozaban sus mejillas, Domingo tuvo una temporada en la que sus gustos musicales sufrieron una inclinación que más tarde habría de causarle vergüenza. Se confesó culpable siempre que alguien le preguntó por el meloso disco de *Journey*. “Sí, esa cosa es mía... déjame explicarlo”. La noche en que conoció a su mujer, las luces de colores iluminaron el rostro de esa muñeca de porcelana que bailaba al compás de un angelical *Don't stop believing*. La sonrisa de aquella chica era mágica. Y la amó. La veneró con la fe de un creyente hasta el último segundo en el que, sin imaginarlo, la pistola de un extraño rompió el hilo de su espíritu de policía de tránsito, que ahora se elevaba a través de los cables y las palomas que lo veían con cierta nostalgia, como si lo hubieran conocido de toda la vida, mientras en algún lugar del mundo se tocaba la canción que le permitió ver a su esposa por última vez. Lucía bastante guapa, con el uniforme de cajera, en el supermercado que quedaba a quince cuadras del lugar donde lo atravesó la bala. También observó por unos segundos lo que había quedado de él. Ahí estaba su cuerpo de oficial, tirado en la banqueta, con los lentes mal puestos.

Durante el recorrido, escuchó su música favorita. *Sharp Dressed Man*, *Tush* y *Bad to the bone*. Esta última sí que era un agasajo. Una

caricia de la muerte que se extendió entre las nubes porque más tarde alguien tocó las notas de *Born to be wild*.

Entrar al cielo fue una cosa ordinaria, quizá más de lo que hubiera querido. La veterana del escritorio era una mujer con arrugas, que tenía un escote tan amplio como el pliegue que había en su mentón. Al recién llegado se le complicó explicar el motivo de su visita, pero la secretaria lo despejó con un “¡Cubículo de la derecha, toque fuerte!”, seguido por un sello a la altura del corazón. La puerta de lo que parecía un consultorio se abrió a lo lejos y anunció el turno 224. El de Domingo, según la huella, era el 846.

¿En qué momento lo perdió todo? No lo sabía, no había tenido tiempo de reflexionarlo, hasta ese instante en el que observó el pasillo con una multitud de personas esperando por su turno. Algunos buscaban razones, pero era inútil. Sacudían sus manos en una señal de incompreensión absoluta. Otros, sólo dejaban que la sucesión de números navegara en ese mar de civiles perdidos en una urbe maldita: familias enteras que aún preguntaban por el camino al parque de diversiones; abuelos que sostenían sus años en un bastón; sujetos sin pena, ni gloria, montados en una esquina, mientras miraban a la gente pasar. Domingo pensó que aquel barrio era muy parecido al de su casa. Solamente hacía falta una tienda, un puesto de periódicos y algunos perros a mitad de la calle.

A nadie le importaba el olor a humo de camiones, ni las múltiples mercancías que se anunciaban en puestos improvisados. Sólo parecían concentrarse en una probabilidad absurda: encontrar a un ser querido entre aquel tumulto. Y quizá por tratarse de un paisaje tan celestial fue que sucedió: recargado en una ventanilla, extendiendo un fajo de billetes (en un acto de coqueteo puro con la secretaria), estaba un sujeto rechoncho, de corbata y nariz grande.

Ese gesto era familiar sólo para Domingo. Se trataba del capitán Rodríguez, el jefe de la oficina de tránsito.

—¿Capitán?!

El regordete lo ignoró como a una estatua. Se alejó con desdén y la empleada pidió ayuda a un polizone pertrechado a pocos metros. Con una mano que parecía de piedra, el esbirro empujó al oficial hasta llevarlo al último sitio en la fila. El número de la ficha cambió de inmediato: 9846.

—¡Pero... trabajo con él, soy amigo del capitán!

Fue inútil. En el tumulto había más almas tratando de encontrarse. Frente a Domingo, una mujer lloraba en un estado de confusión evidente. A un costado, una anciana, que tenía los ojos tan buenos como el rosario que sostenía entre sus puños, rezaba algo en lo que sólo se distinguía la palabra “piedad”.

—¡Ella es el diablo! —incurrió un mendigo, que escupía mientras gritaba con frenesí.

Domingo sintió pena por el viejo que, de alguna manera, le pareció conocido. Sin embargo, se perdió entre el tumulto y al llegar a algo semejante a una parada de camión, el antiguo oficial se acercó a un tipo de overol que leía un diario. El hombre caminó en silencio y dejó el periódico en el piso. “Asesinan al mejor elemento de la corporación. Descanse en paz: Domingo Ramírez”. En la explicación de la nota, destacaba un cuerpo tumbado sobre el asfalto, envuelto con una sábana blanca, en la que Domingo reconoció el brillo de sus botas.

—Tranquilo, mi niño —susurró la anciana—, a todos nos llega el turno.

Después de algunas horas, la fila se había sumergido en una nube densa que sólo despertó a Domingo, cuando una joven tatuada afinó las cuerdas de una guitarra con la que más tarde interpre-

taría un fragmento de *Stairway to heaven*. Un sujeto con un par de fusiles a la vista, estaba a unos cuantos lugares del oficial. Al escuchar la música, extrajo un paquete de tabaco del interior de su pantalón. Domingo, que apenas empezaba a asimilar el otro lado de la existencia, miró las trizas oscuras con tal deseo, que el del arma no dudó en extenderle el puño. El hombre en retiro mascó tres veces cada migaja, hasta el día en que su espalda advirtió el número 9842.

—¡Domingo Ramírez! —exclamó un hombre de túnica blanca— toma, llena el formato y ve a la ventanilla de la derecha; entrega el original, conserva una copia y dásela al guardia de la estación.

—¿Para qué?

—Tú eres el del accidente del balazo, ¿no? Te ofrecemos una disculpa, hijo; tuvimos un error en el sistema y ese disparo no tenía que pegarte. No te preocupes, regresaremos todo a la normalidad.

La ilusión de volver con su chica despertó de inmediato. No era la sensación de recuperar a su mujer, porque al final, estaba en paz con ella y sabía que siempre estarían juntos. Aún después de la vida. Aún cuando ella estuviera en otro sitio, mientras él buscaba la forma de salir del cielo. Verla era una especie de alivio porque comenzaba a perder el color de sus brazos. Como si estuviera a punto de desaparecer o de ser invisible, de borrarse del mapa que volvió en cuanto supo que podría tocar la boca, las manos y el cuerpo de la única persona por quien valía la pena aguantar las filas interminables en el paraíso.

De la misma manera en que sucedía en su vida pasada, el lugar indicado era un cubículo de archivo con poco personal, mucho calor y un ambiente detestable.

—Me envió el señor de aquél...

—Tome asiento, nosotros le llamamos...

Después de hacer los ajustes pertinentes, Domingo entregó la

ficha y recibió su copia, sin observar el desliz que cometieron al clasificar su caso en un archivero equivocado. Originalmente estaba escrito que el oficial de tránsito volvería a su cama para reportarse enfermo el fatídico día, y cambiar el curso ya conocido. Incluso perdería los recuerdos, pero el error estaba hecho. Razón por la cual, el guardia lo guio hasta el andén número 4 y no al 12, en el que había pocas, pero muy gentiles personas.

Sin sospechar el final del viaje, el regreso a la última mañana de su vida fue largo. Dolor de cabeza, náuseas y mal humor. Caras serias y desconocidas. Todo el mundo parecía molesto. Domingo se sorprendió al verse en la estación de autobuses de su antigua casa.

En el interior de sus bolsillos había dos objetos extraños. Las llaves de un vehículo se asomaron cuando cruzó el estacionamiento y tuvo la sospecha de que el solitario pedazo de chatarra que aguardaba en la oscuridad era el suyo. Así fue, estaba en una esquina. Encendió el motor y en la radio tocaban el clásico que alegraba su pecho: *Back in black*. Estuvo a punto de cerrar los ojos para disfrutar con plenitud, mas no pudo. El segundo hallazgo fue el revólver que tenía apretado contra el cinturón y fue la cosa más rara que nunca antes había experimentado. Al momento, despertaron en él las curiosas ganas de probar la potencia y disparar al aire: saboreó el metal, el gatillo y sintió que la pólvora estallaba liberando un olor delicioso.

—*Bad to the bone, brother, Bad to the bone!* —las venas de su frente inflamaron cuando soltó una carcajada, mientras dirigía su voz al locutor de la radio— *B-B-B-Bad to the bone!*

Domingo sentía un gozo inusitado y decidió visitar al sujeto de la farmacia que solía abastecer su demanda de tabaco. Pidió tres cajas y destapó una para amortiguar la punzada que traía en el cue-

llo. Contrario a lo que suponía, el tendero no lo saludó como antes. Incluso podría decirse que lo miró con un dejo de molestia. Domingo cambió el plan. Sacó la pistola. Observó el brillo que golpeaba la cara del imbécil que había agotado su paciencia y lo apuntó en la frente. El sujeto tembló como un perro en medio de la lluvia.

–No más errores, viejo, ni uno más –escupió el antiguo oficial.

Salió con ganas de limpiar las calles. Sacaría la basura como nunca lo había hecho. Fue al barrio de su infancia. Caminó por un par de minutos hasta que encontró al grupo de parásitos que solían apostarse en una esquina como un montón de gusanos.

–Hora de levantar el culo, *brothers*.

Los ojos del gatillero se bañaron de gloria mientras las esquilas rebotaban en el asfalto. Cada rufián tomó un rumbo distinto; escaparon, pero, eso sí, no hubo uno que no chillara igual que una rata. La agudeza de las voces que se perdían en la penumbra fue la que hizo explosión en el pecho de Domingo: ¿qué le había pasado?

Subió a la chatarra y no pudo evitar mirarse en el retrovisor. ¿Quién era? Ya no importaba. Sólo quería conducir y masticar su propia música, la misma que lo llevaría de vuelta a su hogar. Aquello podía saborearse. Era bueno como un día de descanso. Como unas vacaciones luego de trabajar por décadas, bajo el aplastante desprecio de quienes recibían sus bienintencionadas infracciones. Sus deseos de un mundo más justo. Sus ganas de hacer el bien, que al final habían sido las que le habían pagado con una bala.

El auto se detuvo frente al jardín. La esperaba con la mesa servida. Pondría unas flores para buscar esa sonrisa mitad carne, mitad bálsamo. Le diría que era hora de tomar unas vacaciones. La sorprendería con ese vestido que nunca pudo comprarle porque era muy costoso. Saldrían rumbo a la playa, o tal vez hacia el mar. Sólo una semana. O dos años. O quizás el resto de sus días lejos de todo.

Pero no fue así. La puerta estaba cerrada. Tuvo que forzar el pestillo, para descubrir que las leyes y la ayuda divina eran una cosa para engañar a los más estúpidos y él era uno de ellos. En el comedor había una botella de vodka, tres platos, huevos con tocino, jugo y una discusión elevada de tono. Al policía se le nubló la vista cuando alcanzó a reconocer al hombre de túnica, a su jefe y a la anciana del rosario, que escuchaba atenta, mientras bebía un sorbo de alcohol:

–Son tiempos difíciles...

El oficial quiso comprender lo que sucedía.

–No lo dudo –replicó la mujer–, pero es un buen negocio. Dime una cantidad justa.

–No lo sé –explicó Rodríguez–, ¿qué es lo que hacen con ellas?

Domingo descubrió la paradoja: la oficina del infierno estaba justo en el centro de su mundo.

–A los demonios les gusta divertirse. Acariciarlas y jugar un poco.

–Pero, con ella es mucho más costoso: se trata la esposa de un hombre honrado.

–Qué delicia.

El sujeto de la túnica penetró en la mirada del antiguo jefe.

–¿Qué necesitas para entregármela?

El capitán extendió una servilleta con el número en tinta escarlata. La mujer dibujó una curva socarrona en sus labios. Era mucho dinero. Pero no importaba. El mandamás respondió con un temblor en la voz y Domingo sintió que su cuerpo ardía.

–La tendré aquí en cuestión de minutos.

Con la mano en el revólver, el oficial trató de hundir el gatillo que habría de incrustar una maldición en el entrecejo del cerdo. Quería verlo sufrir. Sentir impotencia. Suplicar perdón por ser un hijo de puta. Un traidor con una pistola en la frente.

Domingo reventó dos platos y un jarrón. Disparó contra los demonios y las tres descargas enervaron su pecho, que se vació en cuanto supo que no llegaría a tiempo para evitar el robo. No podría salvarla. No tenía forma de impedirlo. Tenía que evitar que fueran por ella, pero era imposible. Hizo un último intento cuando apuntó a un tanque de gas, que imaginó era el equivalente a una llamada de auxilio para distraer a los bastardos. No funcionó.

Tres sombras descendieron de una patrulla. Un motor aguardaba con malicia. Escopetas y pasamontañas. La caja número seis era el objetivo. Cubículo de la chica que todas las tardes, a esa hora, pedía un descanso, para quitarse las zapatillas por unos segundos y reparar los pendientes. Cuentas por pagar. Asuntos inconclusos, como el regalo que nunca sería descubierto, o las múltiples letras de las canciones que provocaban un estallido de memorias, relacionadas con el hombre que solía tenderle una almohada entre sus brazos. La música que siempre la llevaba a pensar en él. En sus postales de los primeros días y en las ganas de celebrar su aniversario. Quizá comerían en aquél lugar de manteles rojos. Quizá pedirían un postre lujoso. Pero lo valía. En ese instante se sintió feliz. Regresaría a trabajar un poco antes, para pedir el permiso especial y, tal vez, de paso, comprender el ruido que salía del almacén, donde estaban amenazando a los compradores y sometiendo al guardia.

Ella llegó a su sitio y las bestias se agazaparon. En unos minutos se lanzarían sobre sus hombros. Domingo, en ese instante, apenas alcanzó a divisar el disco verde del primer semáforo. Pisó el acelerador con violencia y comprendió lo que tenía que hacer: era una grandiosa ocasión para asociarse con los que no respetaban su reglamento. Dejaría que las balas hicieran un *boicot* en las oficinas del paraíso. Quería llenar las filas de casos incomprensibles, para

volver al punto donde aún podía rescatar a su cajera. Después, la llevaría a un mejor sitio. La invitaría a comer. A bailar. Al cine. Trataría de alejarla de las malas personas y de los malos pensamientos. Domingo disparó contra todo. Incendió las puertas de un edificio que estaba a una cuadra de su lugar de trabajo y, por fin, vio el centelleo de ese disco que al final del día era su sol particular. Con orgullo, reconoció la espalda, la camisa, las botas y el perfil gallardo del oficial que solía ser: era el 646. Ahí estaba, con ese aire de tipo infranqueable. Con ese gesto de serenidad y autodominio que, siempre sospechó, se veía tan bien desde lejos. Se sintió en calma. Supo que sólo quedaba una cosa pendiente: pisar el acelerador, renunciar a las posibilidades que le daba su nuevo rostro y poner la música perfecta para aguantar todas las repeticiones que quisiera mandarle el infinito, bajar la ventanilla lentamente y reventar, una y otra vez, al hombre honesto que se jubilaría después de cumplir con su deber: salvar a su chica, sujetar su mano en un viaje interminable y prender un concierto de llamas hasta romper los tímpanos y las leyes de la ciudad.

MAVERICK 77

La semana pasada llamó la abuela. Dijo que tu muerte salió en las noticias. Aproveché la ocasión para despedirme. Le pedí que no llorara mucho. A cambio, prometí cenar con ella una vez al año. Colgó enseguida. Creo que le pidió ayuda a mi madre. Esa tarde yo también me lancé por el balcón del edificio.

Los últimos segundos, al menos los míos, no tuvieron la secuencia de película que soñamos. Escuché una canción de cuna mientras volaba por la sala de la vecina. No sentí dolor. No tuve ganas de regresar.

Llegar al purgatorio es igual que dar un paseo por el aeropuerto. Hay demasiadas almas esperando. Las chicas del lugar son lindas. Algunas me han invitado a pasar la noche. Calma, bebé, apuesto a que ninguna de ellas sabe de mis cicatrices tanto como tú. Ya te digo, trabajan aquí, son muy amables. Acariciaron mi espalda y me llevaron a una tienda de campaña a mitad del desierto. Es un campamento militar. No creas que estamos en guerra. No. A los soldados les gusta silbar el coro de *Mother*. A mí me provoca una nostalgia irreparable.

Las explosiones son parte del juego. Mientras algunos disparan al aire, hay otros que toman cerveza y fuman cigarrillos alrededor de las llamas. No hay silencio. Unas veces son los estallidos, otras, *Break on through* se escucha sin parar. Tanto ruido me ha dejado este dolor de cabeza. Es muy fuerte. Cada aguja se clava como una idea. No, nada de preocuparse, cariño. Traje algunas de tus cartas para aliviar este sabor a sepultura.

La noche quema. El día es carbón en mis manos. Salí de la arena con las botas llenas de recuerdos. Caminé sobre montículos de ca-

dáveres. Dormí azotado por la tormenta blanca hasta que un diablo amigo me recibió en las puertas de su hotel. Sí, uno de letras rojas. Las chicas del lugar eran muy sensuales, sus tacones excitaban mis demonios. Nada de reclamos, mi amor, daría buena parte de mi infancia a que ellas no entiendan lo que significa esa foto: podrían desarmar el mundo, tú lo reconstruyes cuando me miras desde la calle.

La habitación es muy caliente. Me gusta. Sobre todo la música. Me hace pensar en ese licor que llevamos en las venas. Extraño las avenidas de tu cuerpo. Sólo tú reconoces los atajos de mi carne.

Ya hice las maletas. No, no voy a cargarlas. Tengo una sorpresa para ti. Es el viejo Maverick 77. Lo encontré en un lote de segunda mano. Creí que era el nuestro. No lo es. Cuando abrí la guantera no estaba tu nombre. La chica que me atendió dijo que podíamos hacerle la misma marca y negociar el precio. Encendí la máquina. El radio ya no funciona, pero los asientos son muy cómodos. La mujer tiene piernas suaves. Pagué mucho por él.

La frontera del infierno está llena de casinos. La gente es cálida, me intriga su sonrisa, es muy amable. Algunos amigos me han preguntado por ti. Cuando lo hacen, trato de ocultar mis ojos.

He trabajado duro, nena. Ya tengo suficiente para llegar a la ventana donde la piedra es la llave. Lanzaré todas las rocas que sean necesarias. El sonido de los cristales rotos me indicará la apertura de tu cielo. Imagino lo lindo que será ver tu cara. No sé si tú recuerdes la mía. Las putas de los burdeles me han hinchado los pómulos. Con sus lenguas derretieron mi alma y yo no sé hacer otra cosa, fumo el olor de sus pechos.

¿Hay música en tu habitación? Escuchábamos *Yellow Ledbetter* a media noche, cantábamos *I want you* mientras hacíamos de las sábanas el templo de nuestra devoción. Dime qué escuchas ahora. En

el cielo deben tener un radio. Compraré uno por si acaso. Calma, princesa, si no lo tienen juro que voy a partirles la cara. No pueden, no deben castigarte.

Hoy tiré docenas de piedras. Los pedazos de cristal cayeron sobre el toldo. Eran nuestras fotografías. Hicieron un estruendo monumental. Parecía el fin del mundo. Yo creí que un diluvio acabaría con esta sed. La lluvia lavó mi cara. El portero del edificio dijo que podía esperar en el auto. Él entiende que estoy aquí para llevarte a mi infierno. Él sonríe. Creo que le gusta la idea. Él lo sabe todo. Él es bueno. Él es Dios.

Las nubes de tu cielo son cortinas de seda. Deberías hacer algo por cambiarlas. Los vecinos gustan de echar un vistazo cada vez que caminas sin ropa. Me revienta. Quiero freír a esos imbéciles en un mar de aceite.

Promete una cosa. Promete que al atardecer cantarás *Wish you were here*. No es la música, es tu voz y el sonido de tu lengua, mi lengua. Todos los ángeles deben sentir que el paraíso arde bajo su piel. Algunos, los mirones, deberán morir después del incendio.

He visto cómo brincas en los sillones. Tu boca sigue bailando. Lo he disfrutado como un milagro. Es por eso que aún no quiero tocar el timbre. Sé que el dueño del edificio podría molestarse. Veo que el azul de los apartamentos te sienta bien. Pensé llamar por teléfono. Decidí quedarme a mirar un poco más.

Por ahora sólo duermo con la mujer del quinto piso. A ella le gustan mucho las velas y el olor de mi cuello. Pareciera que tenemos 200 años en común. Desayunamos y leemos el periódico juntos para ahogarnos en repeticiones. Es cierto que las noticias por acá

son muy aburridas. Pero, a veces, sólo en días de nieve, jugamos a lanzarnos como dos pájaros.

He comenzado a llamarla por tu nombre. Creo que le gusta. Usa tus vestidos y, de vez en cuando, me acompaña en la ducha. Secamos las gotas con nuestro aliento. Platicamos hasta que el jabón se disuelve. Le pido que se quede otro rato. A ella le da lo mismo. Comemos con el televisor encendido. Dejamos que los actores hablen por nosotros. Reímos. Usualmente ella termina primero. Va a la cama. Duerme como un ángel. Lo es.

Me gustaría hablar con la abuela. No puedo. El teléfono ha muerto. Últimamente aquí han sucedido cosas muy extrañas. A tu vecina le dio por meterse a vivir en la jaula de los canarios. Come poco y toma mucha agua. Duerme acurrucada junto al bebedero. Cuando la oscuridad nos alcanza ella salta al vacío. Quiere aprender a volar. Sus plumas son delgadas y aún no saben agitarse. Ya aprenderá. Me gusta cómo canta. Tiene confianza y aletea con fuerza. Yo la quiero. No como a ti. Pero la quiero.

Voy a alimentarla hasta que pase el otoño. Tengo un plan. Sólo necesito una cosa: confía en mí. Sé que te gustaría verme tocando la puerta. Por ahora no. Pienso que deberíamos esperar un poco más. No, no es por celos. Sé que los arcángeles llaman a tu ventana. Es cierto que los he visto salir de tu habitación. Me acuchillan los ojos. No es eso sin embargo. Lo que ocurre es que todavía me duele la cabeza. Es el cambio de temperatura.

Dormí semanas: el sueño es mi vida. La casa huele a humedad. Los grifos se han secado. A mí me da por quedarme en el sillón. Escucho tu risa y no puedo concentrarme. Pongo música y trato de reparar la mesa. La jaula se ha llenado de canarios. Todos son nuevos. La vecina se ha marchado. He llorado sobre sus plumas.

Sé que por las tardes cambias el agua del florero. Las líneas de tus manos rompen en llanto. Enjuagas la piel de las orquídeas con esas lágrimas. Toco la puerta tres veces. Cuatro. No quieres que entre. A estas alturas ya deberías saber que podría esperar una eternidad. Siete. Ocho. No importa, sé que me darás la llave cuando acabe esa canción. Escucharás todos los días que no has estado conmigo y me verás escribiendo una carta. Abrirás la puerta. Yo tendré que correr. El portero del edificio ha descubierto mis nuevas intenciones. Encontrarás el sobre. Está muy sucio. Ya lo sé. Debo encender el auto. Sabrás que la hoja es mía: el papel guarda el calor de mis dedos. Te juro que defendí cada una de sus letras con mi vida. No reconocerás el lugar marcado. Ni la fecha. Ni la hora. Sólo sabrás que te espero. Es una invitación. Tendrás que pensarlo dos veces. Dios siempre quiso quedarse contigo.

Date prisa. Tengo un sofá y muchos silencios en la sala. Podríamos comer y emborracharnos. Cantar hasta que nos callen los vecinos. Hacer el amor en las escaleras. Prender fuego a las cortinas. Incendiar los hoteles del infierno. Quiero que el diablo sienta un calor insoportable. Hay que salir de aquí, cariño. Hay que caer como devotos sobre mi colchón. O puede ser en el piso, en la tierra. La verdad es que no hay mucho espacio en mi cama. Pero el Maverick, nuestro Maverick, tiene un asiento trasero que muere por verte.

No hagas maletas. Olvida las llaves. Dios rentará tu apartamento. Corre. Los ángeles te perseguirán y yo seré feliz disparando contra todos. En el cielo lloverá sin parar. El infierno arderá hasta el día del juicio definitivo. La carretera puede gemir y derrumbarse. Esta noche vamos a casa.

EDER TALAVERA

(Cuernavaca, Morelos, 1985)

Psicólogo, responsable estatal de Desarrollo Comunitario en los Servicios de Salud de Quintana Roo (2020), maestro en Salud Pública en el área de Ciencias Sociales y del Comportamiento, por el Instituto Nacional de Salud Pública (2016). Egresado de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Aspirante a escritor.

Creyente fervoroso de las letras.



Ex Libris Diaboli Lingua

Maverick 77

dos cuentos de Eder Talavera
se editó en junio de 2020 en
el antiguo barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos
y se compartió libremente.
Derechos reservados el autor y
Lengua de Diablo Editorial.



LENGUA DE DIABLO



EDITORIAL



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL